

Buscando el fundamento del sacerdocio

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSAIN DE PAULORENA

Profesor de Liturgia. Pamplona

1. Proceso que has seguido para integrarte en en tu Diócesis y en qué momento del mismo te encuentras

Hace siete años que me ordené, el 9 de septiembre de 2001, con 24 años (previa dispensa episcopal), tras siete años de formación en el seminario mayor y otros tantos en el menor, donde fui madurando y nutriendo una vocación «ab utero matris». Desde pequeño me sentí insertado en la comunidad parroquial de mi pueblo: en las catequesis, en el coro, en el grupo de monaguillos... De modo que inconscientemente formaba parte de una entidad mayor: la diócesis, conformada por otras tantas parroquias. El seminario fue abriéndome a la vida diocesana ya que empezaba por conocer a algunos curas de la diócesis, principalmente a los de los lugares de procedencia de los otros compañeros seminaristas y los de los lugares a los que éramos enviados durante el fin de semana para acercarnos al mundo pastoral. De este modo conocías también otras comunidades parroquiales y otras realidades pastorales. La estancia durante los fines de semana del curso en un destino parroquial, que normalmente cambiaba cada año, resultaba enriquecedora. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás y revivo esas vivencias, veo que, aunque la aproximación a la realidad era parcial y que esas «prácticas», al ser uno mero observador, no se parecen mucho al tiempo cuando las responsabilidades caen directamente sobre uno. Sin embargo era el medio que disponíamos para aproximarnos a la vida de cura que en un futuro sería la nuestra. Y progresivamente ibas entrando en la diócesis, por una parte, y la diócesis entraba en ti, por otra. Esto es, en primer lugar, los curas te iban conociendo, de modo que cuando el día de mañana entraras a formar parte de su mismo orden no les resultaras alguien extraño. Y, en segundo lugar, las diferentes realida-

des de la diócesis pasaban a tu elenco de vivencias personales.

No obstante, todo esto no pasaba de ser una prueba, porque el momento definitivo en el que te enfrentas cara a cara con la realidad es cuando recibes tu primer destino. Allí tienes que abrirte hueco como cura ante los fieles. También ante el párroco, pues los primeros destinos suelen ser de vicario parroquial. Y ambos, fieles y párroco, pagan las consecuencias de ser primerizo. Al principio nadie queremos reconocer que algo no sabemos o que nos cuesta, por lo menos a mí. Y sobre todo si acabas de dejar el seminario y estás cargado de teorías pastorales, planes evangelizadores, ideas teológicas... Nadie sabe tanto como tú, cuando la realidad es que uno tiene tanto que aprender.

Y junto al situarse en la propia realidad parroquial, digamos la concreción de la diócesis que le corresponde a uno, llega también la ubicación en la totalidad de la diócesis. Uno se va adentrando en el conjunto de la diócesis donde intenta buscar su puesto. Las reuniones arciprestales te llevan a conocer la vida interna de otras parroquias y a que aprendas de la experiencia de los otros. Además de que los curas te van conociendo. A nivel más amplio, otras reuniones y encuentros que engloban el conjunto de la diócesis te hacen sentirte parte de ella. Y, sin darte cuenta, te sientes formando parte de la diócesis. Una diócesis que, a pesar de sus fallos, amas porque es la tuya, en la que has nacido, crecido, recibido las órdenes, ejercido tu sacerdocio...

El elevado número de parroquias de mi diócesis (más de setecientas) y el escaso número de sacerdotes va a obligar a configurar la diócesis de otra manera e incluso la relación entre los curas será diferente ya que no podremos funcionar aisladamente, como pasa ahora muchas veces, sino que deberemos llevar conjuntamente el trabajo unificando criterios para aunar fuerzas.

2. En qué claves vives el sacerdocio y en qué medios te apoyas

La visión del sacerdocio que uno tiene en el seminario no se parece nada a la realidad posterior. El planteamiento idealista de los años de for-

mación se viene abajo al enfrentarse por primera vez a la vida de la parroquia. A mí, personalmente, me pasó en mi último año como seminarista y en el tiempo de diaconado. Debido a mi juventud tuve que esperar un año para poder ser ordenado con la edad reglamentaria. Año que pasé viviendo integrado en una parroquia donde continué al año siguiente, pero ya como diácono. Entonces Dios fue derrumbando poco a poco todas mis seguridades y fue resquebrajando mis planteamientos ideales de la vida sacerdotal. Como el oro que se pasa por el crisol para purificarlo, el tamiz de la realidad pulió mi relación con Dios, mis supuestas capacidades evangelizadoras y pedagógicas, mi vida social y amistosa, la inutilidad de mis conocimientos teológicos... De modo que mi estructura interna fue derrumbada y, como el gusano que entra a la crisálida y surge el mismo ser pero completamente nuevo, comencé a configurar unos nuevos planteamientos donde poder volver a colocar todas las piezas de mi vida que habían caído con el «terremoto». No hubiera sido posible llevar a cabo esa regeneración sin la dirección espiritual. Debo reconocer que di con la persona adecuada y a la que le debo en parte lo que ahora soy y cómo vivo el sacerdocio.

La dirección espiritual o el acompañamiento, como gusta decir hoy en día, es un hábito que intenta transmitir el seminario. Pero mi experiencia es que durante mi etapa formativa era un elemento más de la estructura del seminario. De modo que cada tres semanas, más o menos, tocaba ir al director espiritual, te gustara o no, le vieras sentido o no, te ayudara o no. Y si bien yo no tenía dificultad alguna en practicarlo, fue al final de mi periodo previo a la ordenación cuando lo sentí no sólo como necesario sino como imprescindible. Quizá di entonces con otra persona, diferente de los directores marcados por el seminario, que sentí que me ayudó profundamente y que me hizo ver superficial el acompañamiento que durante años había estado viviendo. Desde aquel momento he acudido periódicamente (en torno al mes) a mi cita de acompañamiento y lo veo como el cauce que personalmente más me ayuda a no caer en la tibieza, a no quedarme dormido, a revisar mi oración personal, a preguntarme cada día la voluntad de Dios...

Juntamente con el acompañamiento debo situar, como consecuen-

cia del mismo, los ejercicios espirituales anuales. La vorágine del día a día, el activismo cotidiano, la rapidez de la vida... hace que sea necesario parar de vez en cuando y «tomarse unas vacaciones con el Señor» para ver la propia vida, para rezar con más sosiego, para acallar las voces del mundo y dejar que resuene la de Dios. Y tomar así fuerzas y marcar el camino para otro año más.

Y, en tercer lugar, es clave en el sacerdocio, como es obvio, la oración personal así como la eclesial (oficio divino, eucaristía...). Aunque debo confesar que no todos los días encuentro un espacio para estar un rato tranquilo ante Dios porque en ocasiones no consigues dejar de lado las actividades que uno lleva entre manos y la premura del trabajo hace relegar a un segundo plano la oración.

Si todo esto me ayuda a vivir mi sacerdocio ad intra, el encuentro con mis compañeros y amigos en el ministerio me sirve para ahondar en mi sacerdocio ad extra. Desde hace algún tiempo decidimos varios sacerdotes, los que compartimos el tiempo del seminario, comer juntos cada lunes. Para poder tener un marco en el que sacar fuera nuestros problemas y preocupaciones y sentirte así respaldado, apoyado e impulsado por otros. Y una vez al mes es toda la mañana del lunes la que pasamos juntos trabajando unos temas formativos. De modo que no nos sintamos islas en medio del océano.

3. Los rasgos que caracterizan al ministerio que llevas a cabo

El ejercicio de mi ministerio durante estos siete años ha variado enormemente. Comencé siendo vicario en una parroquia de ciudad con una intensa vida de catequesis de niños, adolescentes, jóvenes y adultos donde me «estrené» como cura. Después pasé a otra parroquia de ciudad, también como vicario, que se caracterizaba por el abundante culto que contaba así como por los numerosos grupos de niños de comunión y jóvenes de confirmación. En la que desempeñé mi ministerio con lo aprendido en el seminario y el ejemplo recibido en mi parroquia de origen y en las parroquias que durante mi formación atendí. Cuando llevaba tres años ordenado, el obispo me envió a Roma a ampliar los estudios de teo-

logía. Entonces mi ministerio cambió totalmente. Ya no tenía una porción de la grey del Señor que atender, ni una comunidad que presidir, ni niños y jóvenes que catequizar. Los libros eran mi pastoral. Y fue aquella circunstancia la que me enseñó que el sacerdocio no está enraizado en la pastoral sino en Jesucristo: los llamó para que estuvieran con él, en primer lugar, y luego para enviarlos a predicar. Algo evidente, pero que la vida parroquial hace que no nos demos cuenta muchas veces: que el sacerdocio se fundamenta en Cristo y no en el ejercicio del ministerio. Al regresar a la diócesis, tras mi estancia romana, me hice cargo de diferentes clases en el centro de estudios del seminario así como del culto y las celebraciones de la catedral, como canónigo maestro de ceremonias. Cuidar las celebraciones episcopales en las distintas parroquias de la geografía diocesana sería uno de mis cometidos. La formación de los seminaristas, otro. Y revitalizar la catedral, el último. No es el nombramiento típico de un cura. Sin embargo, no estar «en la primera línea» de contacto con la gente no significa una carencia de la dimensión pastoral. Ya que la fidelidad al encargo recibido y su óptima ejecución es el cometido que el obispo me ha atribuido y, por tanto, mi pastoral. Sí es verdad que es necesario estar mucho más despierto que en un ministerio parroquial para no instalarse y «afuncionarse».

4. En qué perspectivas de futuro te mueves, y cómo lo vives

Mis perspectivas de futuro están acalladas ya que son las actividades del presente las que ocupan el lugar principal ahora en mi vida. Hace poco que regresé de Roma y ocupo los cargos recibidos del obispo para servir a mi diócesis por lo que se puede decir que todavía me estoy instalando, adaptándome, aprendiendo y cogiendo el ritmo. De modo que me resulta imposible pensar en el futuro. Además disfruto dando clases e intentando que las celebraciones salgan lo mejor posible para que sean cauce que conduzcan a Dios. Por lo que estoy contento con el trabajo que realizo y las posibilidades que me da para desplegar mis conocimientos y modo de vivir la liturgia.

